

## El viaje de los extraños

Raúl Dylan Gama Román\*

Pararse temprano: una de las cosas más detestables por parte de los "Godínez" y uno que otro universitario malhumorado; mentira, uno que otro no... todos; malditos flojos, egocéntricos, malhumorados estudiantes universitarios con su intento de pedantería barata y lánguidos hasta el más mínimo seis adornado en sus boletas.

Yo hubiera recordado, hace años, a un par de retrasados mentales corriendo tras tocar repetidamente el timbre de una casa ajena o cooperándose para comprar una caguama de la tienda de la esquina; sin embargo, todo eso fungía ahora como vago e inconexo recuerdo. Aquellas personas, crecidas ya, con pelos en la barbilla y presumiendo sus ediciones de Zaratustra y *El capital* en lo más alto de sus cabezas, habían organizado una pequeña salida, tal vez a unas cuantas ciudades fuera de aquí. La idea parecía fenomenal, excitante, y me producía una sensación de adrenalina y emoción pura, salvo por el hecho de tener que dejar las cobijas de lado y proceder a empaparme de jabón y agua terriblemente fría, producto de un clima mañanero.

Quizá sea oportuno pensar en lo que conlleva a un grupo de personas a tomar la decisión de dejar la realidad triste de lado y salir a conocer el mundo. Los viajes pudieran implicar una enorme reflexión para los miserables que no tenemos la oportunidad de realizarlos con frecuencia. ¿Qué es lo que necesito llevar? ¿Debo empacar mis mejores ropas o solamente me preocupo por el cepillo de dientes? Aun así, ya en la espera de los demás en la intemperie, esa sensación de que se te olvida algo se hace presente y no te deja disfrutar del café encargado de desvanecer el maldito frío que te azota más que otros días.

Y lo peor no hacia su llegada magistral, porque lo ideal siempre sería intentar llevar a cabo una estrategia para

\* **Estudiante de Licenciatura en Letras Hispánicas en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

**Todos parecían vestirse como extraños; de pronto, aquellos niños con los que crecí y jugué adoptaron el papel del universitario enojón, deprimido y “crítico”.**

acomodar a nueve güeyes en una Winstar , misma que fue sacada sin permiso de la cochera. Pero no, todos se distribuyen a su antojo dejándome el peor lugar imaginable: —No te preocupes, güey, te puedes sentar en este banquito al lado de la puerta— exclamó el imbécil que le robó la camioneta a su papá y que es el único con las facultades de poder manejarla. Por si fuera poco, su novia también goza de los privilegios del copiloto aún sin merecerlos.

Pensar que no tengo ni la más mínima oportunidad de recargarme porque pareciera que estoy flotando por ahí, sobre un artefacto de madera viejo mientras todos se acurrucan entre sí y hasta se quitan los zapatos para disfrutar de cinco horas de viaje. Tenía la esperanza de que en alguna parada al baño o a la gasolinera alguien se apiadaría de mí y me cambiaría el asiento. Yo suplicaba internamente, que por favor me dejaran descansar media hora en alguno de esos cómodos asientos... pero nunca pasó.

En la cuarta ocasión que tuvimos la oportunidad de detenernos, todos disfrutábamos de unas tortas de pollo y una que otra cerveza. Faltaba ya poco para llegar y a pesar de tener cierta confianza con todos, las conversaciones ya se tornaban forzadas y fuera de lugar.

En gran parte del viaje me había tocado estar al lado de aquel personaje de cabello largo y barba, el cual alardeaba sobre sus poderes artísticos y su capacidad de crítica: todo era sobre capitalismo, o lo mal que estaba el cine mexicano o de cómo el futbol idiotizaba a las masas y que la selección de fútbol existía sólo para desviar la atención de lo verdaderamente importante; y pensar que de niños él era el primero en restregarte en la cara cuando te ganaba en Fifa, o cuando fue el único que se mostró frustrado y llorando con aquel gol de Maxi Rodríguez en el mundial de Alemania.

Todos parecían vestirse como extraños; de pronto, aquellos niños con los que crecí y jugué adoptaron el papel del universitario enojón, deprimido y “crítico”. Todo de lo que alguna vez platicábamos y charlábamos ahora era producto de una consecuencia política y obra de los circos mediáticos de siempre.

¿Será que estamos condenados a destruir nuestra esencia?, aquella con la que nos formamos y con la que nos dimos cuenta de cómo funcionaba el amor y de cómo se sentían los golpes de mamá por haber reprobado matemáticas.

Éramos extraños ya, sin conocernos los unos a los otros, sin saber quiénes éramos y, entre algunas reflexiones y el humo de la mota, me había dado cuenta de que estaba compartiendo un espacio con gente que no conocía. Lo peor era, quizá, que no tenía idea de cuánto faltaba para llegar, cuántos días nos íbamos a quedar y ni siquiera me tomé la molestia de preguntar a dónde es que íbamos a pasar las vacaciones.

Imagino el regreso también, porque estaremos obligados a estar juntos otro racimo de horas, incómodos, esperando ansiosos nuestro hogar. Y otra vez, lo extraños llegarán para continuar con su vida: vendiendo libros en el callejón, tomando fotografías u organizando las fiestas de la facultad de psicología. Y yo, recostado, triste y nostálgico escribiendo sobre ellos, los que alguna vez fueron mis mejores amigos.